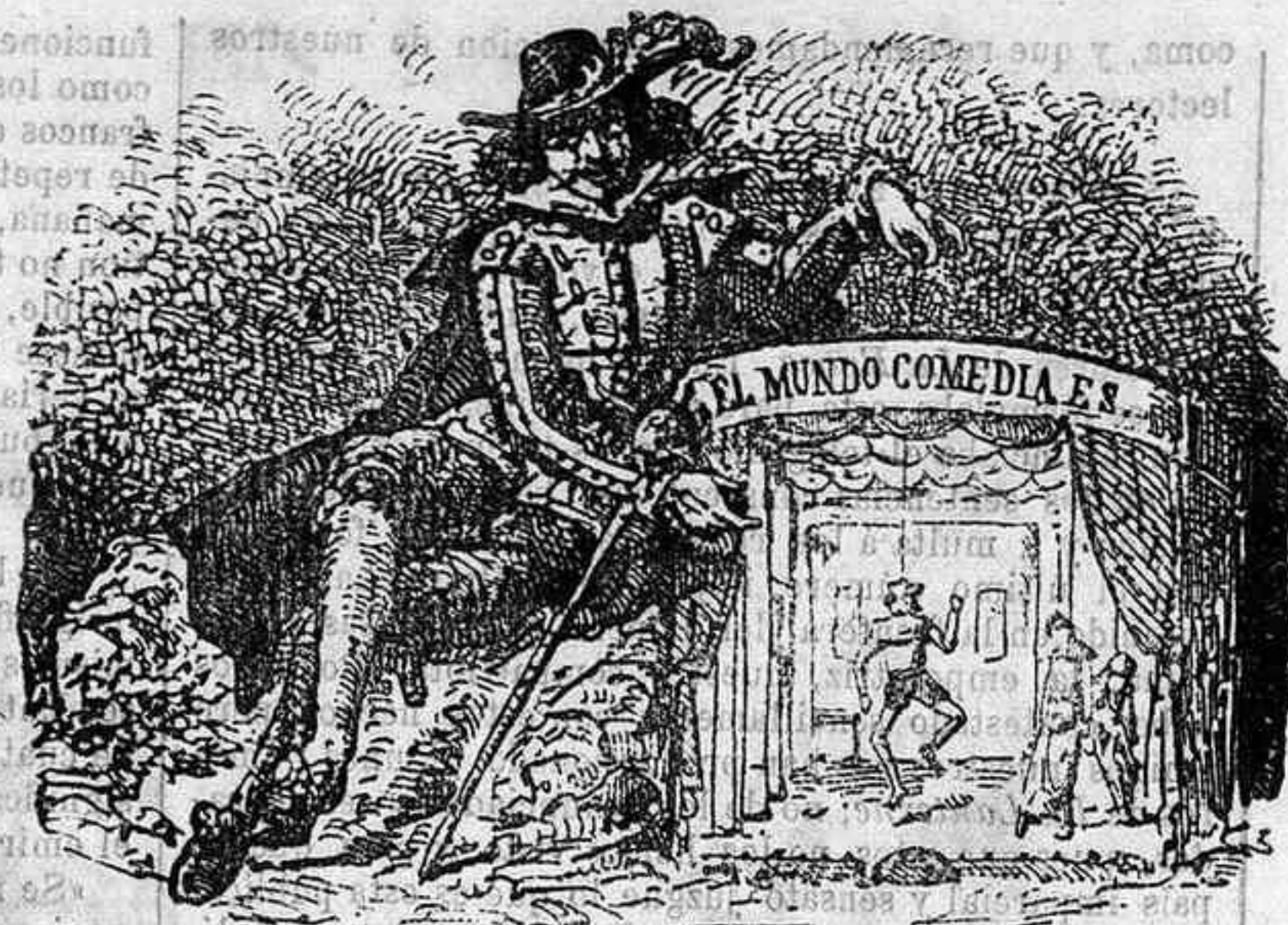


PRECIO EN MADRID.
 Por un mes... 4 reales.
 Por tres id... 11 »
 Por seis id... 21 »
 Por un año... 40 »
 La suscripción empieza en A.º y 15 de cada mes.
 Cuatro cuartos número.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
 Huertas, 82, principal izquierda.
 No se sirve suscripción cuyo importe no se reciba con el aviso, en libranza o sellos. La correspondencia al Director de GIL BLAS.

DIRECTOR:
 LUIS RIVERA.



GIL BLAS

PRECIO EN PROVINCIAS.
 Por tres meses en la Admon. 15 reales.
 Por seis id... 28 »
 Por un año... 50 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses... 30 »
 ULTRAMAR.—Un año... 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, —jueves y domingo.
 Cuatro cuartos número.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
 Huertas, 82, principal izquierda.

Toda suscripción hecha por comisionado costará un real más en Madrid y dos en provincias.

DIBUJANTES:
 ORTEGO, PEREA Y LLOVERA.

Los suscritores de provincias, cuyo abono venza á fin de Agosto, se servirán renovar como Dios manda.
 La Administración de GIL BLAS suplica á los vendedores de provincia, que se sirvan remitir su importe con exactitud, antes del primer número del mes próximo, si no quieren experimentar retraso.

CRÓNICA POLÍTICA.

Dejemos á nuestros colegas *El Diario Español* y *La Reforma* discutir sesudamente y con toda la templanza apetecible acerca de la conveniencia de un cambio, en sentido liberal, en la marcha política del gobierno: dejemos que discutan, si: á la postre han de convencerse de que la discusión ha sido inútil: si GIL BLAS fuera una publicación de polémica, ahora ménos que nunca echaría su cuarto á espaldas, porque no es muy aficionado á edificar sobre el viento, ni á razonar acerca de suposiciones aventuradas y utópicas.

Por otra parte, cada uno tiene su manera especial de ver las cosas; ocasiones hay en que la discusión me parece muy oportuna; por el contrario, á veces antójase tan cándida como impertinente. Recuerdo con este motivo á cierto personaje de la comedia *El sí de las niñas*: es una señora, y hablando de su pájaro asegura que toda la noche se estaba cantando el *Agnus Dei*, y añade: *Ello, es cierto, edificaba; pero cuando se trata de dormir...*

Esta señora tiene razon que la sobra: cuando se trata de dormir, los cantos de todas las aves, por edificantes y beatísimos que ser puedan, estorban.

Porque existe en todos los asuntos terrenales—ya que por ahora nada podemos decir de otros—una cosa de que no es posible prescindir: la oportunidad. Sublimes, admirables serán sin duda las disertaciones de un profesor de medicina en el anfiteatro ó en la cátedra; pero estas mismas disertaciones perderían su grandeza para degenerar en ridículas y hasta convertirse en criminales á la cabecera de un enfermo que necesitara urgentísimos y eficaces auxilios.

Y aquí tienen explicado mis colegas *La Reforma* y *El Diario Español* por qué yo no discutiría hoy con ellos aun cuando esto fuera posible, que, dado mi carácter y circunstancias, no lo es: no quiere decir esto que yo censure á los periódicos mencionados, nada de eso: en mi bandera está escrito hace algunos años «respeto á todas las opiniones, libertad para todos,» calculen si podré yo dirigir un cargo á los que, no pensando como yo, creen que hoy la discusión es de oportunidad: de ningún modo, yo presumo que no tienen razon; ¿quién sabe? tal vez sea yo el equivocado.

Pues qué, ¿sería por ventura extraño que yo me equivocara cuando los diplomáticos más hábiles y los hombres de Estado más profundos cometen hoy equivocaciones lamentables?

No ha pasado mucho tiempo desde que el emperador de los franceses dirigía al alcalde de Troyes aquellas frases pacíficas que tan dulcemente resonaron en los oídos de los que se oponen á la guerra; pocas horas hace

que el *Constitutionnel* publicaba un artículo firmado por Baudrillard, tratando de probar que las palabras del emperador en Troyes empezaban á dar su fruto, que la paz triunfaba y la confianza renacia. Sostenía el articulista que habia llegado el momento propicio para que los capitales salieran de su incertidumbre, pues los malos tiempos habian desaparecido ya.

Es exacto que el mismo telégrama que nos daba la noticia de este regocijado artículo del *Constitutionnel*, añadía, sin duda para corroborar sus últimas indicaciones acerca de los malos tiempos:

«Armas, armador de mucha importancia en Burdeos, ha sido declarado en quiebra.»

Pues bien; despues de estas seguridades, una carta del corresponsal de *La Reforma* en Paris, corresponsal que suele estar bien enterado, dice poco más ó ménos:

«Muchos rumores belicosos. El ministerio de la Guerra ha enviado infinidad de jóvenes oficiales sigilosamente á Prusia. Los almacenes del Estado se llenan de municiones de todo género. Se dice que el invierno es la época más fatal para Prusia por lo difícil que le será hacer maniobrar su marina. Girardin, que era el apóstol de la paz, se ha convertido en trompeta de la guerra.»

Y no hay medio: ó se equivoca Napoleon, ó se equivoca Girardin; cualquier término del dilema halaga considerablemente mi amor propio, y escusa, en lo posible, mis equivocaciones.

Porque sin duda hay equivocaciones en extremo escusables: en el número de estas se hallan, por ejemplo, las de los periódicos franceses que, movidos por un patriotismo excesivo, atribuyen al general Moltke estas palabras:

«El gobierno prusiano debe evitar con el mayor cuidado dar al gobierno francés motivo ni pretexto de guerra, porque si esta estallara entre los dos países, sería de temer que Francia hiciese sufrir á Prusia la suerte que Prusia hizo sufrir á Austria.»

Palabras que de seguro el general Moltke no ha pronunciado; sería necesario para creer otra cosa trasformar á un apreciable militar grave y digno, en uno de los títeres casquivanos, dicharacheros y guasones que pintan los autores de comedias andaluzas, como *La flor de la canela* ó *Manolito Gazquez*.

Por sí ó por no, los alemanes continúan preparándose convenientemente á... la paz.

Escriben de Koenisberg:

«Los oficiales del 43.º de línea ensayaron el lunes último el nuevo cañon de infantería... Esta pieza se compone de 37 cañones de fusil encerrados en un cilindro comun, de modo que tiene 12 cañones más que el cañon revolver francés. Puede disparar de 222 á 333 tiros por minuto.»

Muchos tiros me parecen para tan poco tiempo; pareceme tambien que la paz continúa siendo muy probable.

Casi tan probable como seguro el movimiento liberal que se observa en Francia, donde algunos periódicos, aun los imperialistas, dicen de Napoleon lo que copio de un diario de Madrid; va Vd. á ver:

«No sale á la calle sin que lo aclamen en Paris, y no empena batalla electoral en Paris sin que la pierda.»

Y dicen esto con motivo de las elecciones en el departamento de Jura.

Es, en efecto, muy digno de llamar la atención que en 1863, en este mismo distrito, la oposicion contaba solamente con 1.000 votos ó muy pocos más, de 30.000 electores, y hoy, cinco años despues, el candidato de oposicion más pronunciada, Mr. Grevy, ha obtenido las dos terceras partes de los sufragios; los votantes eran 33.000, y 22.000 han votado por el candidato de oposicion. La cuenta no puede ser más clara; en cambio los resultados se presentan algo oscuros, y toda la prensa francesa ha dicho acerca del asunto lo que Vds. pueden figurarse, ya que no puedo yo repetirlo ahora; no quiero, sin embargo, dejar de reproducir las palabras de *La France*, diario imperialista y dinástico hasta dejárselo de sobra:

«Es preciso saber reconocer, dice, las cosas tales como son: la eleccion de Mr. Grevy es una derrota para el partido conservador y una victoria para la oposicion democrática. Está lejos ya la época de las elecciones fáciles, y ha llegado el momento de la lucha.»

De todo esto lo que excita más grandemente mi curiosidad es que el deseo del cardenal Antonelli de hostilizar á Víctor Manuel le haya obligado á preparar una nota diplomática, en la cual declarará, segun dicen, que la corte de Roma considera como no sucedido, en lo que concierne á las provincias anexionadas que fueron de la Iglesia, el contrato concluido entre la *sociedad de tabacos* y el gabinete de Florencia, que no será ratificado en el caso de una futura restauracion de la autoridad pontificia en dichas provincias.

La cosa no es probable, pero en cambio tiene poca importancia.

Veán Vds. dos declaraciones que contribuyen á dar interés á la futura nota del cardenal Antonelli.

GIL PEREZ.

MELODÍAS BUFAS.

XXXIV.

EL HIGUITO.

Con alguna hacienda más heredó un huerto don Blas, de frutales tan cubierto, que era el más hermoso huerto que hubo en la villa jamás.

Aunque de génio algo esquivo, tomó afición al cultivo poco á poco el buen señor, y de hacerse labrador formó propósito vivo.

Dos ó tres veces al dia sus frutales visitaba, sus adelantos veía y su frescura gozaba, y á su sombra se dormía.

Peró á fuerza de mirarlos notó una mañana al verlos, que á pesar de no tocarlos, bajo pena de perderlos era preciso guardarlos.

Pues la gente del lugar, diariamente, sin disputa, la pared iba á escalar, y entre comer y robar acababan con la fruta.

Meditando la manera de castigar al ladrón, pasó una semana entera, y no quedó ni una pera en el último rincón.

Los melocotones rojos, que á la dalia dan enojos, las ciruelitas moradas, y las uvas nacaradas que tanto alegran los ojos:

Todo por suerte fatal fué motivo de rapiña para la chusma local; desde la enroscada viña hasta el esbelto nogal.

Más no todo sucumbió, que nadie al fruto llegó de una corpulenta higuera, bien porque nadie la viera, bien porque la desdenó.

Al verla allí doblegada de la fruta bajo el peso, tendió don Blas la mirada y dijo: no temas nada, que yo por tí me intereso.

Un guarda voy á poner que te ronde noche y día, y al que por vicio ó placer un higo venga á coger le cayó la lotería.

Supo la nueva el lugar, y de don Blas los amigos y los contrarios al par, dijeron: ¡los va á guardar! hay que comerse esos higos.

Y así diciendo y haciendo fueron en la huerta entrando, y uno al guarda entreteniendo, otro á su salud bebiendo, otro su gula escitando.

Sin que el guarda recelara que ninguno le engañara ni presumirlo pudiera, más de una vez en su cara metieron mano á la higuera.

Y así fué que al quinto día de estas embestidas rudas, nadie sospechó habría lo que otro tiempo pendía de aquellas ramas desnudas.

Una mañana de abril á visitar su pensil bajó don Blas, y ¡oh castigo! fuese al árbol, y halló un higo donde antes hubo tres mil.

Tremulo por el furor lanzó un grito de dolor, miró al cielo, y luego al guarda, y limpiándose el sudor, dijo: — merezco una albarda.

Si yo comido me hubiera en sazón, como es costumbre, los higos que dió la higuera, me ahorrara una pesadumbre y un gusto en cambio tuviera.

Pero ya que no fué así, guarda infame, te maldigo, y sal al punto de aquí, que para guardar un higo no necesito de tí.

Y quede el fruto en la rama que su miseria proclama triste recuerdo de ayer, que no aumentará mi fama porque le ayude á caer.

Esto murmuró don Blas, y aunque con pena quizás, el huerto vendió á un amigo: en cuanto al guarda y al higo no volvió á verlos jamás.

M. DEL PALACIO.

EL PERIODICO «LA ÉPOCA»

COLABORADOR DE «GIL BLAS.»

El día 21 del corriente publicó La Epoca el artículo que reproducimos íntegro, sin añadirle ni quitarle una

coma, y que recomendamos á la atención de nuestros lectores:

«Se nos acusaba ayer por Gil Blas de haber calumniado, presentándola, más como un libelo que como un periódico político, á La Lanterne, cuyos redactores valian, á los ojos de nuestro colega satírico, tanto ó más que los redactores de La Epoca. En los momentos mismos en que se formulaba esta para nosotros inesperada acusación, anunciaba el telégrafo que los tribunales de Francia en dos sentencias consecutivas, habían condenado á prisión y á multa á los redactores de dicho folleto, y que el último número, impreso en Bélgica, había sido detenido en la frontera del imperio por ofensas á una dama, la emperatriz, nuestra compatriota. Podíamos haber contestado sencillamente con estos hechos; pero amigos nuestros nos han proporcionado algunos números de La Lanterne, no de los denunciados y secuestrados, pues que estos no los hemos visto; y para que el país imparcial y sensato juzgue lo que es esta publicación que, repetimos, no responde á ningún interés político, ni es en realidad órgano de ninguno de los grandes partidos ó escuelas que existen en Francia, vamos á reproducir hasta donde nos sea posible algunos fragmentos muy atenuados de dicho escrito, previniendo que han circulado legalmente en Francia.

En su número del 1.º de agosto, despues de dar la noticia de que la familia real portuguesa había resuelto enajenar una parte de las joyas de la corona para venir en auxilio del Tesoro y de la miseria pública, acto que parecía deber elogiarse sin reserva, se expresa así:

«En otras partes las cosas acontecen de diversa manera y se vacían las cajas públicas para auxiliar á los soberanos; pero lo que resulta de la noticia anterior es que existen sobre esta tierra, tan llena de escollos para unos, séres que pueden poseer cuarenta y cinco millones en brillantes improductivos, cuando la mitad de esta suma bastaría para enseñar á leer á un gran país. Y los señores dinásticos se admiran de que hayamos dejado de llamar á los reyes los pastores de los pueblos!

«Se nos anuncia que un artista americano muy conocido va á volver á Francia. La idea de que estamos expuestos á ver de nuevo su insoportable efigie en los carteles, basta para enloquecer á una parte del pueblo. Es verdad, sin embargo, que vemos constantemente sobre las monedas mismas efigies coronadas, sin que nuestra razón se altere por ello. Y sin embargo, bien sabe Dios que algunas de estas efigies son bien desagradables y repugnantes á la vista.

«Mr. Rouher, el ministro de Estado, tiene una falta enorme, sin perjuicio de otras muchas: hace algun tiempo que no puede subir á la tribuna sin hablar de su honradez. El público y yo hemos hecho la observacion de que las gentes honradas se abstienen generalmente de hablar de su probidad. Esperan que esta idea se ocurra á los demás. Solo los borrachos al ir dando tropezones contra las paredes son los que hablan de su honrabilidad.

«Los condecorados del 15 de agosto—y entre ellos estaba el presidente del Cuerpo legislativo, una de las personas más respetables de Francia—deberían estar obligados á ir á alcanzar la cruz á las cueñas del campo de los Inválidos.

«La república de Andorra ha despedido al síndico y al vice-síndico, acusados de entregarse á la usura. Estos dos altos funcionarios han sido inmediatamente reemplazados, y un cuarto de hora despues había desaparecido toda huella de agitación. ¿Cómo se conoce que el valle de Andorra es una república!

«Me dicen en este momento que Salnave, el presidente de la república de Haití, acaba de tomar el título de emperador. Le deseo que concluya mejor que sus coherederos.

«El número anterior era aun más vivo y ardiente. Despues de atacar terriblemente en él á la magistratura y de sostener con la mayor seriedad del mundo, que en un país donde todo esto se publica no existe libertad de imprenta, ocupándose de la opinion expresada en el Cuerpo legislativo por el ministro de Instrucción pública, uno de los hombres más liberales del imperio, «da que la fiebre política dañaba á veces á la literatura», dirige esta galantería al gobierno:

«Mr. Duruy acusa á la política de embrutecer á los hombres; estamos por lo tanto embrutecidos, y sin embargo, hace diez y siete años que nadie se ocupa de política, excepto vosotros los ministros. Si Mr. Duruy ha querido hablar de la influencia que la política ha podido ejercer sobre el cerebro de los oradores del gobierno, sus colegas, comprenderé perfectamente el sentido de su frase, y añadiré que respecto de este punto había hecho la misma observacion, pero nunca hubiese pensado que Mr. Duruy se atreviese á tratar con tal brutalidad á ministros que al fin se sientan en los mismos bancos que él.

«Hoy es el aniversario de la batalla de Farsalia, que decidió de la destruccion de la república romana é inauguró el reinado de ese despotismo especial que cohibe el pensamiento y aprisiona las gentes al grito de ¡viva la libertad! César, cuya historia ha sido escrita por un autor más conocido por sus golpes de Estado políticos que por sus trabajos literarios—se trata del mismo emperador—César, repito, que al ver á Casio dijo que aquel jóven le inquietaba por ser muy delgado para senador, pereció, en efecto, asesinado en plena sesión por el senador Casio y muchos otros que llevaron envueltos en los pliegues de su túnica los miembros del tirano difunto. Hoy día nuestros senadores son muy ancianos, muy rollizos, y cuando alguno de ellos se lleva alguna cosa bajo su paletó, es un melon ó una calabaza.

«Dos ministros portugueses acaban de resignar sus

funciones porque eran muy impopulares. En Francia, como los ministros son simples empleados con 200.000 francos de sueldo, y encargados, segun la Constitución, de repetir las palabras que se les han apuntado por la mañana, sin comprender siquiera su sentido, esta cuestion no tiene importancia alguna. Pero, si lo que no es posible, uno de estos personajes, relojes de repetición, tuviese el capricho de hacerse popular, entonces sí que se vería obligado á resignar sus funciones. Por lo demás, busco en el círculo que rodea al jefe del Estado, y creo que debe vivir sin recelo alguno respecto de este punto.

«En la Bukharia los gastos del harem del emir son insignificantes. Tiene cuatro mujeres que se hacen ellas mismas sus vestidos y arreglan los de su soberano esposo. Entre nosotros, los emires tienen generalmente más de cuatro mujeres; sus gastos están muy lejos de ser insignificantes, y cuando llevan muchos años de servicio, el emir les hace dar buenas posiciones oficiales.

«Se me acusa de violencia, y para justificar mi lenguaje podría acudir á numerosos ejemplos; principalmente el de un antiguo periodista creado despues emperador por circunstancias independientes de mi voluntad, y que al mismo tiempo que conspiraba, condenaba de la manera más enérgica actos que despues han sido dejados muy atrás.»

Necesitamos repetir que las anteriores citas de párrafos, que hemos atenuado mucho, pertenecen á los números de La Lanterne, que todos han circulado legalmente en Francia y que no han sido denunciados. Pero este folleto no se contentaba con combatir desde el jefe del Estado hasta la magistratura, todas las instituciones de la Francia; tenia que volver los ojos hacia los que duermen el sueño de los justos, víctimas de implacables revoluciones, y al mismo tiempo que herirlos, herir también la santidad de la religion.

En su número del 25 de julio, que realmente no comprendemos cómo pudo circular legalmente en un país donde la prensa tiene derechos, pero deberes también, hablando de que varias naciones habían suprimido la pena capital, escribe estas frases textuales:

«La más atrasada y la más ignorante de las naciones, y con esto he nombrado á la Francia, será necesariamente la última en suprimir la pena capital. Por mi parte, jamás he podido decidirme á compadecerme de la suerte de Luis XVI, que con haber abolido la pena de muerte habria tenido un mérito tan fácil de no subir al cadalso.»

«Parece mentira que esto se escriba en la Francia, que no ha olvidado todavía las horribles catástrofes de 1793! Pero si estas palabras sublevar todos los sentimientos de piedad, aun excitan reflexiones más tristes y profundamente desconsoladoras las palabras con que se habla de la religion divina al ocuparse de lo sucedido en la muerte de Mr. Viennet, miembro de la Academia francesa. Damos solo la idea, pues no podemos reproducir todo el párrafo:

«Los católicos fervientes han conseguido anexionarse á Mr. Viennet. Despues de haber vivido excomulgado como mason, parece que en su última hora ha abjurado de los principios que defendió siempre, para morir en brazos de esa religion á la que debemos la segunda expedición romana. No veo en qué puede gloriarse dicha religion por obtener los favores de un anciano de 91 años, cuyo cerebro se encontraba en ese estado de somnolencia que precede á la muerte.

«Si me anunciasen que una dueña de 78 años se había vuelto loca de amor por mí, y que me había ofrecido su mano con todas sus arrugas y demás plagas de la vejez, no iría ciertamente á envanecerme de ello en los periódicos. Pero esa costumbre que tiene el sacerdocio de ir á esconderse en la mesa de noche de los moribundos, podría ser utilizada por los gobiernos que como el nuestro tienen tan gran necesidad de adhesiones y de simpatías.

«Me sorprende que no se haya pensado todavía en enviar á la cabecera de los moribundos hostiles al actual orden de cosas á consejeros de Estado encargados de convertirlos en favor de la verdadera política, es decir, de los puros goces del poder absoluto. Aplicado este sistema á los últimos momentos del honorable Mr. Viennet, tal vez habria tenido éxito y no nos veríamos obligados á deplorar hoy que no haya temido aparecer ante Dios sin haberse provisto anticipadamente de los sacramentos del imperialismo...»

Arrojamos la pluma que se niega á reproducir, ni aun para condenarlas enérgicamente, impiedades semejantes. Si la libertad de imprenta, tal como nosotros la vemos con envidia en la moral Inglaterra, en la pensadora y religiosa Alemania, fuese eso, nosotros renegaríamos de ella y preferiríamos mil veces la represión y el silencio. Pero los que así matan todas las creencias que son la vida de la sociedad y el consuelo del corazón humano, esos mientan á la libertad y la sacrifican como tantas veces la han sacrificado en Francia. Nosotros podríamos ser hasta cierto punto indiferentes ante semejante espectáculo, si no supiéramos que influencia tan funesta ha ejercido el modelo de la imprenta y de la política francesa en la política y en la imprenta de nuestra patria. Por eso protestamos con todas nuestras fuerzas contra lo que haría imposible el régimen constitucional en Europa, si el sentimiento de todas las almas pensadoras y de todos los corazones honrados no protestasen contra semejantes escándalos.»

Dos palabras de nuestra propia cuenta para terminar. La Epoca guarda silencio acerca de la imputacion que dirigió á Rochefort atribuyéndole el dicho de que

EN LA PLAYA.



Entre neos.

—¡Ya ve Vd...; siempre hay hombres curiosos!... ¡Por eso ya no se puede bañar una sin *pollisson*!
 —¡Lo mismo me pasa á mí... aunque no lo gasto!

—¿Qué trae *La Esperanza*?
 —Noticias de Cabrera!
 —Hombre, lea Vd., que si son buenas, haremos cuenta de que nos bañamos en agua rosada!

Mr. Caux se había casado con la Patti para que ésta pudiese vivir en el palacio del emperador. Nosotros perdonamos de buen grado este silencio á nuestro colega, ya porque con él confiesa que teníamos razón, ya porque digno y merecedor de ser perdonado nos parece después de habernos proporcionado tan sabrosa y tan oportuna colaboración.

Es cierto que GIL BLAS dijo que los redactores de *La Linterna* valían á sus ojos tanto ó más que los de *La Epoca*: eso era antes; hoy, bien pesadas las circunstancias, y bien comparadas conducta y conducta, reconoce GIL BLAS que el valor de *La Epoca* excede en quinto y tercio al de la redacción de la perseguida *Linterna*.

¿MODAS?

Es preciso que la sociedad se entere bien de lo que le vamos á decir, porque aunque parezca que no, la cosa es importantísima.

Todos los años, todos los días, á todas horas, se hace necesario que cada individuo mire á los individuos que le rodean y observe cómo llevan dichos individuos el sombrero, de qué hechura son sus gabanes y de qué forma son sus pantalones; hecho lo cual, el individuo está en la indispensable obligación de vestirse como los demás.

Todos los días, todas las horas, á cada minuto, á cada segundo, mi mujer, y su mujer de Vd., y las mujeres de todos los maridos, necesitan saber qué prenda es la que ha variado de forma y color, qué género de peinado es el que *priva*, qué altura ha de tener el tacon de la bota; hecho lo cual necesitan *imprescindiblemente* salir de su casa para ir á casa de la modista, á casa del zapatero, á la tienda de sedas, y comprar en todas partes lo que necesitan llevar á todas partes.

Si el hombre no se viste como los demás hombres, ¿qué dirán los demás hombres de su persona? Le llamarán ridículo, harán burla de él, sospecharán que le duele gastar en vestirse... ¡y eso es horroroso!

Si la mujer no sale á la calle vestida según las últimas órdenes de la moda, ¿qué dirán de ella las demás mujeres? Dirán que es una *curst*, que está viviendo en el siglo pasado, que no tiene gusto para vestir, y que tal vez «la pobre no tiene para gastar más.» ¡Y eso es horroroso, muy horroroso!

Estas necesidades sociales, estas imprescindibles reformas y variaciones en el traje, son frecuentes, muy frecuentes.

Cada variación significa un gasto muy importante, muy importante.

Cada gasto importante ataca directamente á la tranquilidad de la familia.

Resulta, pues:

Que el sombrero diminuto del caballero, y el *pollisson* de la señora se han llevado este mes doscientos ó trescientos reales, que es el valor del pan, y cosas así, de ocho ó diez días.

Pero como la moda es digna de obediencia, como el que dirán es más respetable que el honor y como el que no va de moda no es bien recibido en ninguna parte, hay que bajar la cabeza y obedecer.

Conviene que el caballero y la señora sepan á qué atenerse, conviene que sepan ante quién bajan la cabeza.

Cuatro pilletes asalariados por el propietario de una especie de periódico parisien, y otros cuatro pilletes pagados por el dueño de un almacén de modas, son los encargados de trastornar el juicio de toda la Europa civilizada.

El día en que aquellos pilletes están de mal humor, cogen la pluma y dicen para sus adentros:

—Hoy vamos á cortar el vestido á todas las mujeres. Y al día siguiente el mundo sabe que todas las mujeres deben usar vestido corto.

En ménos de un mes todas las mujeres acortan sus vestidos. El almacenista de modas dice entonces:

—Este negocio ya no va bien; ¡es preciso decir que está en moda el vestido largo!

Y á los pocos días las mujeres se apresuran á comprar tela para los nuevos vestidos.

De este modo la humanidad se arruina y los comerciantes de la vanidad enriquecen.

Con decir que la *moda* lo manda, con asegurar que ya nadie que tenga buen gusto puede llevar esta prenda ó la otra, es lo suficiente para que el mundo se deje persuadir, so pena de caer en ridículo.

Esto es lo que pasa. Pero no, nos hemos equivocado. Pasa algo más grave todavía.

La humanidad tiene cierta propensión á lo estúpido que solamente se explica comprendiendo hasta dónde llega la vanidad humana.

Decidle á una mujer *infel*, y probablemente sonreirá como diciendo:

—¡Y qué mal hay en ello? Decidle *fea*, y vereis cómo se pone.

Decidle á un hombre: —¡Estás entrapado!

Y es muy posible que responda: —Bueno, ¡y que? Cualquiera lo está.

Decidle en seguida. —¡Estás en berlina!

Y se pondrá pálido y mirará á todos lados y como lo crea, se avergonzará de estar en berlina, aunque la causa sea un sombrero de cinco palmos.

Así, pues, estamos seguros de una cosa. Estamos seguros de que la moda será siempre respetada por estúpida que sea.

¿Y hay nada más estúpido que nuestra manera de vestir?

¿Es regular, ni medio regular, ni decente siquiera, esa chaquetita que los hombres llevan, esos cuellos altos, esos sombreros de niño de cinco años?

¿Es conveniente, ni medio conveniente, ese aditamento que las mujeres han dado en ponerse en la parte posterior de su individuo?

Sin embargo es moda.

Fulana lo lleva, debo llevarlo yo; dicen ellas.

Fulana fué la primera que trajo la moda de París. ¿Qué lástima no haber sido yo!

Fulana viste muy bien; yo necesito vestir como Fulana.

Pero yo quisiera coger por la mano y una por una á cien ó doscientas personas que andan por ahí, y acuden á los paseos, y frecuentan los teatros, y están siempre en todas partes, y decirles, si eran hombres:

—¿A Vd. le gusta ir como los demás?

—Sí señor, me responderían.

—Pues en ese caso, el hombre que está siempre en moda es aquel.

—¿Cuál?
 —Aquel que está sentado en aquel rincón.
 —¿Aquel? ¿Aquel está siempre en moda?

CABOS

El periódico se ha publicado que los animales piensan en esta cuestión me parece que se me figura que...

El periódico se ha publicado que los animales piensan en esta cuestión me parece que se me figura que...

El periódico se ha publicado que los animales piensan en esta cuestión me parece que se me figura que...

El periódico se ha publicado que los animales piensan en esta cuestión me parece que se me figura que...

El periódico se ha publicado que los animales piensan en esta cuestión me parece que se me figura que...

El periódico se ha publicado que los animales piensan en esta cuestión me parece que se me figura que...

El periódico se ha publicado que los animales piensan en esta cuestión me parece que se me figura que...

El periódico se ha publicado que los animales piensan en esta cuestión me parece que se me figura que...

El periódico se ha publicado que los animales piensan en esta cuestión me parece que se me figura que...

El periódico se ha publicado que los animales piensan en esta cuestión me parece que se me figura que...

El periódico se ha publicado que los animales piensan en esta cuestión me parece que se me figura que...

El periódico se ha publicado que los animales piensan en esta cuestión me parece que se me figura que...

El periódico se ha publicado que los animales piensan en esta cuestión me parece que se me figura que...

—Siempre.

—¿Con esa facha?

—Con esa facha.

—Pues no lo entiendo.

—Pues yo se lo explicaré á Vd. sin demora. Aquel hombre no debe un cuarto. Aquel no ha hecho jamás una picardía. Aquel es consecuente en política, trabajador como pocos, amante de su familia, buen padre y excelente amigo. ¿No es verdad que esto siempre se usa? ¿No es verdad que esto sienta bien siempre?

Y en cuanto á las mujeres, también podría decirles algo.

Por ejemplo, podría decirles:

—Está Vd. encantadora.

—Gracias.

—Seductora.

—Favor...

—Arrebatadora. Pero todavía falta algo.

—¿Eh?

—Sí; falta algo. Conozco una mujer que no sale de su casa, y siempre está de moda.

—¿Y para qué le sirve?

—Para ser buena esposa, buena madre y excelente amiga.

—¿Pues qué es lo que se pone?

—Se pone de varios colores. Encarnada, cuando le hablan de desnudarse para vestirse de baile. Pálida, cuando un extraño le dice una flor. Verde, cuando ve á una madre que deja á sus hijos por venir á la ópera á estrenar un traje. ¡Qué gran mujer!

Probablemente las señoras á quienes yo me dirigiera desearían un figurín, pero... ¡la verdad es amarga!

CABOS SUELTOS

Un periódico se ha indignado porque otro ha dicho que los animales piensan.

En esta cuestión me inclino al que dice que no, porque se me figura que defiende su propia causa.

A réditos puse un día
carino en un corazón,
los réditos se cobraron,
el capital se perdió.

En una Revista de Madrid, que he leído en el Diario de Barcelona, se examinan de una manera donosa en extremo y llena de gracia las circunstancias de *El equilibrio europeo*.

Al que acierte la relación que existe entre el asunto de este trabajo y el título que lleva, soy capaz de regalarle un ejemplar de *La Constancia*.

En mi número anterior anuncié la representación de una tragedia titulada *Neron*, y dije que uno de los personajes había salido de la redacción de *La Constancia*.

Hoy tengo que rectificar en algo ambas noticias. La obra no se ha representado aun, si bien es probable que se represente esta noche—si el tiempo lo permite.

En el repartimiento he visto efectivamente un personaje salido de *La Constancia*; pero examinándolo con más cuidado, he visto otro de *La Regeneración*. En el cartel los verán Vds. uno detrás de otro.

Háblase estos días por algún periódico de un drama titulado *Guttenberg*: no lo conozco; pero apuesto cualquier cosa á que le silban los redactores de *La Constancia*, sobre todo si es bueno.

«Una línea y un punto,» hé aqui los dos elementos que constituyen la ley del equilibrio.

Así comienza una revista de Madrid á que me refiero en otro lugar.

¡Ay qué D. José! ¡Ay qué revista! Bonita ley será esta cuyos elementos son una línea y un punto.

Desearia yo ver á todos los legisladores pasados, presentes y futuros con un punto y una línea á su disposición para que hiciesen una ley con esos elementos.

Dígole á Vd. que está generalizado este deseo insensato de hablar de lo que no se entiende.

Selgas dice también que el fenómeno del equilibrio ya no es ley, es fenómeno—se verifica cuando un cuerpo impulsado por la fuerza que constantemente lo empuja—(¡lo empuja!) halla un punto fijo que le dice: ¡alto ahí!

¡Qué profundidad de conocimientos en la mecánica y en la geometría, son necesarios para concebir un cuerpo detenido en su descenso por un punto!

Pero todo esto nada vale comparado con el párrafo siguiente, que copio para contentamiento y solaz de mis lectores:

«Para que el punto de resistencia sea inmediatamente obedecido, basta con que la vertical, digámoslo así, trazada por el centro de gravedad, coincida con el punto de resistencia.»

Caballeros, ¿han visto Vds. nunca más dislates en menos renglones? Sospecho que no.

Puntos obedecidos: puntos de resistencia, verticales, digámoslo así. ¿Qué clase de líneas serán estas que ninguna geometría ha definido? Rectas que coinciden con puntos. ¡Oh, señores neos, señores neos! Vds., que deben de ser amigos de Pepe Selgas, rueguenle, por Dios, en nombre de la ciencia de Arquímedes, de Galeno y de Newton, por el decoro de la clase, hasta por el bien de Vds. mismos, cuya escuela se desacredita con tales cosas, rueguenle, repito, que se deje de escribir artículos en que tenga que referirse á la física ó á la mecánica, ciencias que no conoce: díganle que un hombre puede tener mucho ingenio, aunque nada sepa de matemáticas; pero que no puede parecer discreto, si pretende parecer doctor y maestro, cuando en buena ley no había de servir ni para discípulo—y perdone la franqueza.

Pero Vds. no se lo dirán: tan reñidos están los neos con la verdad, que ni por acaso la emplean con sus mismos amigos, si es que los tienen, que no lo creo.

Una carta insolente
me ha escrito un mozo,
se firma—Juan sin miedo.
No lo conozco.

El Pensamiento Español, contestando á *La Reforma*, defiende la *previa censura*. De todas las razones que alega el diario neo-católico, ninguna me ha producido tanto efecto como la siguiente:

«Pero qué más; ¿no tiene el hombre dentro de sí mismo su *previa censura*?»

Si señor; pues precisamente porque el hombre tiene dentro de sí mismo la *previa censura*, no es necesario que la tenga fuera.

En varios sitios de este número hablo de la última revista de Selgas: la verdad es que esta revista deja muy atrás á todas las anteriores.

Hablando de los pobres japoneses dice el redactor del diario tan santo, tan católico y tan bondadoso:

«¿Qué es esto? Esto es una horda de bárbaros...»

Y más adelante:

«La admiración que me causan estos bárbaros consiste en la perspicacia con que han sabido...»

Esto de que nuestra admiración consiste en su perspicacia, no deja de ser notable; pero lo bueno que hay aquí, amen de la cultura en la frase, es el modo *caritativo* de tratar á esos artistas que, menos felices que *Pepe Selgas*, procuran ocurrir á sus necesidades con esposición de su vida, como Selgas escribe revistas con esposición no pequeña del sentido común.

¿Cree Selgas que los japoneses no son hombres?

¿O supone acaso, como Ferrer del Couto de los negros, que son un materioso residuo de la raza humana?»

El Español dice que los periódicos suspendidos en junio del 66 han reaparecido por la generosidad del general Narvaez.

Siempre que habla este periódico, la Constitución española se estremece.

Las ramas salen del tronco,
las espumas de la mar,
tú has salido de la nada
y á la nada volverás.

La España hablaba hace dos ó tres días de los rumores de crisis ministerial.

Tu *quoque*... Suprimid lo restante para que los neos no lo tomen por alusión.

Aseguraba *El Español* de anteayer que cualquier gobierno podía, en caso dado, modificar la Constitución.

Aunque se me alcanza poco en asuntos de creencia moderada, antójase que en esto *El Español* se ha echado muy hácia atrás. Claro, «la cabra siempre tira al monte.»

PASATIEMPO.

Solución á las Charadas del número anterior:—1.ª, *Bocanada*.—2.ª, *Escuela*.

CHARADA.

Con mi primera y segunda
hace un químico prodigios,
y la tiene toda iglesia
según el cristiano rito.
Mucho molesta mi tercia
á los viejos y chiquillos...
En fin, fué mi todo un juez
de padre y muy señor mío.

(La solución en el próximo número.)

Editor responsable, D. JOSÉ PEREZ.

MADRID: 1868.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CEBEZA, 27.

ALHAMA DE ARAGON.

GRANDES BAÑOS.

Magníficos alojamientos en las termas de Matheu.—Fonda de San Fermin.

Grande animación se observa ya en este establecimiento, donde acuden de todos partes los que desean mejorar de salud ó prepararse para resistir las crueldades del invierno.

Abundancia de aguas, jardines, pascos, magnífica mesa y elegantes habitaciones.

La temporada de verano ofrece grandes atractivos.

Precio: de 20 á 50 rs. diarios, comprendiendo el cuarto, dos chocolates, almuerzo y comida.

El ferro-carril de Madrid á Zaragoza pasa por Alhama, y en aquella estación hay omnibus que conducen los viajeros al establecimiento.

Salida de Madrid: á las 8 1/2 de la noche, y se llega á Alhama á las 2 1/2; de modo que al siguiente día se toma el primer baño.

DAVID B. PARSONS

Calle del Prado, 4.—Madrid.

Bombas de todas clases, arados legítimos Howard, máquinas de vapor, máquinas agrícolas, pintura mineral, relojes para el campo, artículos de hierro dulce y de hierro galvanizado, mangas de poma y de lona, jeringas y lanzas de riego, palas, etc., etc.—1

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

OBRAS DE JULIO VERNE

ILUSTRADAS CON GRABADOS.

Se halla de venta

LOS HIJOS DEL CAPITAN GRANT EN LA AMERICA DEL SUR.

con profusión de grabados, á 5 rs. en Madrid y 4 en provincias.

Se han publicado: LOS INGLESES EN EL POLO NORTE, á 3 rs. en Madrid y 4 en provincias.

EL DESIERTO DE HIELO, á 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

CINCO SEMANAS EN GLOBO, á 4 reales en Madrid y 5 en provincias.

VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA, á 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

Próximo á publicarse: LOS HIJOS DEL CAPITAN GRANT EN AUSTRALIA.

Se remiten al que mande su importe en sellos ó libranzas de fácil cobro á los editores, calle del Príncipe, 4.—1

Á TODOS LOS QUE SE BAÑEN Ó SE HAYAN BAÑADO.

Primer descubrimiento del globo para los cabellos, de los conocidos en los 5.872 años que tiene de existencia el mundo histórico, y recomendado por más de 200 periódicos de todos los matices. Leed lo que decía *La Política* en 15 de junio último:

«A LOS BAÑISTAS.—Si para toda clase de personas es utilísimo el *Acéite de bellotas*, que ya en otras ocasiones hemos recomendado, como inocente cosmético y eficaz medicamento del cabello y de muchas enfermedades de la cabeza, para nadie quizás tiene una aplicación tan directa y recomendable como para los bañistas; sabido es, en efecto, que la humedad que constantemente conserva en la cabeza los que hacen uso de los baños, perjudica muchísimo al cabello, y nadie ignora tampoco la acción destructora que en él ejercen los cloruros, potasas, sulfuros, carbonatos y otras sales en que abundan las aguas minerales y marítimas. Ahora bien: el *Acéite de bellotas* inventado por el Sr. Brea y Moreno neutraliza todos estos efectos, suavizando el pelo, dándole consistencia, manteniéndole fresco, lustroso, flexible, y viniendo á ser un auxiliar, ó más bien un correctivo de los inconvenientes que lleva consigo la hidroterapia. Por esta razón encargamos á todos los bañistas que no olviden en su sucesor de viaje un frasco siquiera de aquel precioso líquido.»

Se vende á 6, 12 y 18 rs. frasco, en casa del autor, calle de Jardines, 5, Madrid; en el *Moscovita*, *Passage Jauffroy*, París; Habana, Matas, Obispo, 81; en Manila, J. Felipe de Pan y Compañía, y en 500 depósitos más de todos los países.—27.

